

Un forastero en mi propia casa

Preparo la cafetera y enciendo el transistor para escuchar las noticias que acontecen en este extraño escenario al que llaman realidad.

Observo el fregadero lleno de vasos; las manchas de grasa de las croquetas que preparé anoche para la cena; las mustias manzanas reposando sobre el frutero. Mi cocina parece un cuadro costumbrista. Esta mañana todo lo que me rodea ha adquirido un extraño matiz de hiperrealismo que me hace sentir como un forastero en mi propia casa.

Escucho mucho alboroto en la calle a través de la ventana y, frente a la letanía de tragedias que emite el viejo aparato, comienzo a tatarrear una canción antigua que siempre funciona para levantarme el ánimo. El tiempo transcurre con la tranquilidad que precede a una gran catástrofe.

Una hilera de hormigas camina sobre las migas de pan esparcidas en la alfombra. Cuando me aproximo con el pulverizador, con la intención de fumigarlas, aceleran la marcha hasta desaparecer bajo el parqué. Sospecho alojar bajo mi casa un inmenso hormiguero que hace temblar las tablas y provoca ese rumor sordo permanente que yo había atribuido a las losas de la conciencia sobre mi espalda.

Quizá he comenzado a perder la cabeza porque llevo demasiado tiempo sin salir de casa ni establecer relaciones sociales. Mi joven vecino de rellano se encarga de hacerme la compra y recoger mi correo. También me presta vinilos y obsequia a esta boca desdentada con unas carcajadas con sus frecuentes bromas.

Si debo encontrar algo positivo del avanzado proceso de envejecimiento en el que me encuentro es que he aprendido a encontrar los orificios por los que huir de casi todo. Igual que las voluntariosas hormigas con las que comparto piso.

Un cáncer terminal, las goteras en el techo, las velas para alumbrar mis lecturas nocturnas y los montones de cartas amenazantes del fondo patrimonial que se convirtió en el dueño legítimo de todo el inmueble también conviven bajo este techo.

Disculpen mi aspecto descuidado y mi descortesía porque no cuento con nada que ofrecerles para beber. En el barrio todos me llaman Paco. Tengo 85 años y

un par de problemas graves de salud, pero no creo que estén aquí para convertirse en partícipes de todas mis miserias... Soy Paco, un optimista reincidente. He visto truncarse demasiadas vidas a mi alrededor, con todo lo valioso que cada vida llega a contener. He sido testigo de existencias convertidas en ruinas por motivos absurdos e irrisorios y, a menudo, de formas atroces y desdichadas que provocan una inevitable desconfianza en mis semejantes, pero también la urgencia de proteger y alimentar cada segundo la ilusión de vivir. Aunque la vida sea una línea frágil y estúpida, y aunque cada día te presente en bandeja tantas razones para perderla.

No cesa el ruido de tambores y gritos bajo mi ventana.

Han venido a echarme de mi casa porque ese fondo de inversión —dueño absoluto del alma de este viejo edificio— considera que este piso reducido, en el que llevo más de cuarenta años, merece una dignidad y una renta superior a la que están expoliando en este momento ante el crecimiento exponencial del turismo en el centro de la ciudad.

«¿Cuántos días exactamente iguales a éste me habré levantado y acostado a lo largo de mi vida?».

Primero fueron las cartas de aviso. «Su renta antigua no pertenece a esta realidad y se va aproximando su fecha de caducidad». Después acudieron distintas parejas de policías para notificarme, con mucha amabilidad y buenos modales, la fecha en la que debía abandonar mi refugio sin luz ni calefacción. No contaba con ninguna alternativa habitacional por parte de las instituciones competentes.

«Saldré de aquí con los pies por delante cuando llegue el momento», solía contestar con serenidad.

El día anunciado era hoy y en mis pulmones todavía quedaba oxígeno para seguir respirando.

Apuré el café como si fuera una taza de cianuro. La mezquindad que me rodeaba me transmitía la esperanza de que el mundo no estaba cercano a su desaparición.

Tras mi puerta escuché golpes secos. Vuelvo a jugar al mutismo y a la invisibilidad.

A través de las cortinas puedo ver a una pareja de artistas urbanos que se encargan de hacerme un retrato en el cierre del bar en el que me invitaban a un café cada mañana.

Me dispongo a pochar en la olla una canción alegre para echarme al estómago. Quizá tenga incluso todos los ingredientes necesarios para recrear lo que fue el caldo primigenio. Pondré todo mi empeño para conseguirlo y acabaré con toda esta locura.

La algarabía de una multitud anónima continuaba retumbando sobre mi calle. Gritaban *Paco se queda* y la emoción envolvió todo mi cuerpo sustituyendo al cáncer

Salgo al balcón con los ojos nublados para agradecer a todos los vecinos el apoyo recibido. Se han silenciado las patadas a mi puerta.

«El secreto está en dar a todos mientras que se pueda y después dejarse sorprender con su cariño», pienso mientras contemplo todas las cajas que ya puedo empezar a deshacer.

«Paco se queda». Mi cuerpo cansado, mi cáncer feroz y Lucas, mi fiel compañero canino, no necesitan más que tres palabras para seguir luchando.

Seudónimo: Jacinta Buendía